

Cuerpo, destructividad y simbolización en el trabajo analítico con un niño

«¿Cómo se hace un corazón con una piedra?»¹



STELLA PÉREZ²

CUERPO, DESTRUCTIVIDAD Y PEDIDO DE AYUDA

La efectividad del Psicoanálisis está ligada a un encuadre de trabajo en sesión y a lo que en él se arma. La transferencia no es necesariamente un sentido a develar sino un campo de fuerza y rasgos a utilizar, a los efectos del despliegue de relatos representativos de las escrituras eróticas que lo subtienden. No hay otra verdad a descubrir que la efectividad simbólica de los nuevos relatos contruados (García, 2002:127).

Miguel tiene seis años en el momento de la consulta. Fue derivado por su médica pediatra y la médica gastroenteróloga porque desde los dos años presenta un trastorno de la alimentación denominado rumiación o mericismo (regurgitación del alimento desde el estómago hasta la boca para masticarlo de nuevo y tragarlo otra vez) sin causa fisiológica y que comenzaba a plantear riesgos de detención del crecimiento y de desarrollar cáncer de esófago.³

1 Versión modificada de trabajo presentado en el Congreso de la API, Praga, agosto 2013.

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. stema@adinet.com.uy

3 Los aportes de León Kreisler, Michel Fain y Michel Soulé planteados en *El niño y su cuerpo. Estudios sobre la clínica psicósomática de la infancia* (1974) me han ayudado en la comprensión de la especificidad del síntoma médico.

En la primera entrevista con los padres, al escucharlos hablar de los «vómitos» reiterados de Miguel desde hacía tanto tiempo, sentí, junto con la inquietud que me despertaba lo desconocido del síntoma médico, la preocupación por la demora en la consulta. También escuchaba sus sentimientos de culpa por no haberlo atendido antes y las justificaciones se mezclaban con reproches y reclamos mutuos, que rápidamente instalaron un clima sumamente tenso en el que Miguel desaparecía del relato o parecía transformarse en un objeto vehiculizador de agresiones y mi presencia parecía reducirse a la de espectadora en un in crescendo de violencia. En más de una oportunidad tuve que explicitar lo que estaba sucediendo, poner límites y redirigir la mirada hacia la problemática de Miguel.

El inicio de los vómitos y la rumiación estaba asociado a una separación transitoria entre ellos, precedida de dificultades importantes en el vínculo, ya que el destrato y la frustración se habían hecho moneda corriente en la relación. Separación que causó una honda depresión en la madre y una profunda inseguridad en Miguel ante las separaciones.

Relatan que a partir de la incorporación de alimentos sólidos presentó reiterados episodios de diarrea y gastroenterocolitis. Dirá la madre: «Él come bien, es hasta ansioso para comer, le gusta comer, pero le cuesta lo duro, el churrasco, la carne, para terminarlo es un drama y al ratito lo vemos con la comida en la boca de nuevo, traga y lo escupe. No, no lo escupe, se lo queda en la boca y lo vuelve a tragar... vomita».

El padre dice: «Eso que él hace es una agresión al esófago, si no lo soluciono de una vez, no sé qué le pueda pasar, ya dijo la doctora que hay que atenderlo ya, me siento muy culpable por no haberlo traído antes, pasé mucho tiempo pidiendo y nunca ejecuté, lo dejé que él se lastimara, mirá

Si bien en este trabajo los autores limitan la descripción del mericismo a la forma que adopta en el lactante, las líneas que plantean me han ayudado en su comprensión. Inscriben el mericismo dentro de los trastornos de expresión funcional del primer año de vida. Generalmente surge al comienzo del segundo semestre de vida o en su transcurso, y es más frecuente en el varón.

«Se trata de un vómito provocado, pero de índole muy particular. En efecto, la regurgitación, se produce por un esfuerzo que hace intervenir una serie de actividades complejas correspondientes a la faringe, a la musculatura abdominotorácica y diafragmática, etc. Otro aspecto singular reside en que ese vómito provocado culmina en una rumiación» (1974: 80-81).

a la madre, profesional, y no se movía... Yo pensé que ella iba a actuar, pero no, y yo me descansé, y ahora el gurí no ha aumentado de peso y no se sabe cuánto ha sufrido el esófago y va a los partidos de fútbol y no se mueve, no es ni cerca el niño que... atentamos contra él y yo de cómodo, esperando que la señora profesional actuara...».

Pensar el mericismo en Miguel es pensar en las huellas, dolorosamente vivas, de la hostilidad en el (des)encuentro con el otro, en la complejidad de los lazos entre odio y placer mortífero. El mismo objeto, potencialmente nutritivo, bueno, es transformado por la fuerza destructiva de la pulsión de muerte en bolo ácido que lastima, en odio innombrable. En su regurgitar y volver a masticar nos habla de un escenario interno y externo cargado de hostilidad, donde las posibilidades de reparación se veían muchas veces jaqueadas, lo que dificultaba la creación y permanencia de objetos buenos, que lo alimentaran física y psíquicamente.

La historia de narcisismos sufrientes de ambos padres, agudizada en el momento de la separación transitoria, lo deja expuesto, de «rehén» según las palabras de ellos, al desconcierto de la violencia no digerible del exceso, exceso de ausencia y de violencia, que ha sido riesgo de muerte, terror paralizante de no ser cuidado y con el cual se identifica.⁴

¿Cómo era mirado Miguel? Miradas que por momentos negaban su imagen-ser, lastimado, herido, miradas cargadas de odio, reclamos y culpa, que, cual espejos múltiples, atrapan en lo dual.

A pesar de la tensión que se instalaba en este primer encuentro y que por momentos arrasaba con Miguel, supe de su necesidad de ser ayudados, del esfuerzo por escucharme y comprometerse a ayudar a su hijo.

4 M. Soulé, al interrogarse sobre el estatuto psicossomático del mericismo nos plantea la complejidad de este. «¿Es posible ubicar monográficamente este trastorno, que —recordémoslo— puede acarrear la muerte? ¿Es un trastorno del comportamiento con organización sistemática de un acting out, con lo cual se acercaría a la psicosis? ¿O es un trastorno del comportamiento que implica la búsqueda de un placer sustitutivo, y se aproxima entonces a la perversión?». Y agrega: «sería deseable discutir el lugar que ocupa la agresividad o, más aún, el instinto de muerte implicado en el vómito y el rechazo de alimentos» (Kreislér, 1974: 92).

LA PRIMERA ENTREVISTA CON MIGUEL

Exceso de sentido, exceso de excitación, exceso de frustración pero también exceso de gratificación o exceso de protección: lo que se le pide excede siempre los límites de sus respuestas (Castoriadis-Aulagnier, 1977: 32).

Miguel llega en hora con su madre, me saluda y rápidamente establecemos un contacto cálido y receptivo. Es un niño menudo que con su mirada aguda recorre toda la sala de juegos, en una mezcla de curiosidad y ansiedad. Me presento y lo invito a trabajar con la caja. Se quita el abrigo y busca con la mirada dónde dejarlo, le sugiero llevarlo al consultorio de adultos, que está al lado. Lo acompaño, lo veo observar todo y lo deposita sobre el diván.

Al tiempo que le muestro la caja de juegos, comienza a sacar maderas. Le pregunto si sabe por qué está aquí, él hace un gesto con los hombros, como quien expresa «no sé, no me importa», y dice: «Porque vomito». Mientras, va haciendo dos torres que une con un puente y hace pasar un auto por debajo. «Uy, se cae todo», le resulta difícil mantener en pie las torres. Me pregunta si hay más autos, le digo que creo que sí y los busca en la caja. Al encontrarlos expresa: «¡Bien, iupi!». Los choca con fuerza. Uno de ellos quiere pasar por debajo del puente pero no puede, el espacio es muy chico. Le señalo que me parece que no pasa porque hay poco espacio. Trata de agrandarlo y no puede, se desarma la estructura, busca otras maderas, mira lo que está haciendo y dice: «Ufa, me aburro».

Le pregunto si quiere que lo ayude, a ver si podemos armar algo que permita que pasen. Reitera el gesto de hombros del comienzo, y con las maderas que hay voy rearmando un puente mientras él me pasa maderas. Miguel logra que el auto pase sin que se desarme la estructura. Juega unos minutos a pasar el auto por debajo del puente, hace que dé vueltas y vuelva a pasar. De pronto, toma otro auto y los choca una y otra vez. En uno de esos choques se cae toda la estructura.

Le pregunto si estos choques que hacen que todo se caiga tendrán algo que ver con los vómitos.

Toma las maderas y vuelve a construir la estructura. Me pregunta si hay ambulancia. Sé que en la caja que armé para él no, pero recuerdo que

tengo una en un cajón del escritorio. Le digo que me parece que sí, que podemos buscar y encontrar ayuda. Busco y encuentro una camioneta ambulancia en un cajón de mi escritorio, se la doy y expresa: «¡Iupi!».

La ambulancia socorre los autos. «Mejor no quiero jugar más con esto... A ver qué más hay... Uy, hay un avioncito... Pasá, pasá, avioncito, por abajo del puente». El avión se estrella contra el puente y dice: «Se rompió toda mi casita... pobre mi casita».

Le digo que podemos intentar arreglarla y juego con la ambulancia que viene a ayudar y, en un rol de doctor, pregunto si hay heridos. Él se sonríe y dice: «Sí, hay heridos y muchas cosas que arreglar».

Le digo que hay muchas cosas importantes que están dañadas, la casita, su cuerpo, y que estamos viendo por qué se lastiman y cómo podemos arreglarlas.

«Vamos a armar otra casa.» Le pone encima muchas maderas, un perro, y se vuelve caer.

Le digo que esa casa tiene tantas cosas, ¡cuánto peso!

Miguel dice: «Vamos a hacerla más grande, a ver si entra el auto, el padre, la madre, el perro. Yo tengo un perro que le gusta morder, muerde todos mis juguetes... ¡Acá hay pelotas! ¿Y si las embocamos acá?». Comienza un juego de embocar pelotas en un cesto. «Yo puedo embocar y también puedo hacer volar este avioncito.»

Me detengo a mirar que la sala de juegos ha quedado tomada por el despliegue de Miguel: maderas, autos, pelotas, piso, mi escritorio, la mesita de él, todo. Pienso en todo el espacio que necesita, en sus posibilidades, lo que puede armar y lo que no se sostiene, en su demanda de ayuda explicitada con tanta claridad, y en lo que va quedando disgregado, disperso. El conjunto de estas impresiones me interrogan sobre los porqués y la gravedad del trastorno psicossomático.

«Voy a dibujar, voy a dibujar una hamaca, a ver si me sale bien.» Comienza a dibujar, borra.

Le pregunto quién se va hamacar allí.

«Unos niños, estoy buscando el marrón, a ver dónde está... Voy a poner árboles... ¡Ya sé lo que voy a poner!, el cielo y el sol.»

Dibuja un árbol, el cielo, el sol y un niño. Le pregunto su nombre.

«Pedro.»

Le pregunto con quién está Pedro.

«Con su mamita», bosteza y dibuja un personaje del mismo tamaño que el anterior lejos del primero y escribe «Ana», y luego otro más, un poco más cerca, y escribe «Pepen». Le pregunto quién es. «El papá... su mamita está en el otro lado y el papá acá.»

Le pregunto cuántos años tiene Pedro.

Dice y escribe debajo: 6.

¿Y los papás? Escribe 100 en la madre y 1000 en el padre. «Ya está.»

Le señalo que la hamaca está vacía, ¿por qué será que Pedro no se hamaca?

Reitera el gesto con los hombros.

Le digo algo así como: ¡qué viejitos que están estos papás!... Capaz que por eso Pedro no se hamaca.

Me mira, se sonríe y me entrega el dibujo diciendo: «Ya está».

Le digo que vamos a ir terminando por hoy, le planteo que vamos a volver a vernos para seguir pensando cómo lo puedo ayudar. Ahora vamos a ir juntando los juguetes. Protesta: «¡Ufa!, no quiero juntar, me aburre juntar». Le digo que lo hacemos entre los dos, me dice: «Hacelo vos».

Mientras yo iba juntando y le pedía discretamente que me alcanzara alguno de los juguetes, él accedía diciendo: «¡Ufa! ¡Qué aburrido! Ya me quiero ir».

Le recuerdo que su campera está en el otro consultorio y vamos juntos a buscarla. Miguel se sienta en el diván y abrupta y violentamente se inclina hacia atrás golpeándose la cabeza. El ruido del golpe y el grito-llanto invaden nuestro espacio, el golpe resuena en mí y me asusto mucho, trato de aliviarlo con palabras que resultan insuficientes. «¡Ay, ay, ay, que venga mi mamita!» Le pido que me permita ver su cabeza y que vamos a poner un paño con agua fría para aliviarlo. Accede llorando y pidiendo por su madre. Yo no puedo creer lo que está pasando y, mientras le coloco un paño con agua fría, me reconozco muy asustada. Al llegar la madre, Miguel está un poco más aliviado, el llanto es sollozo. Le comunico lo que sucedió, a lo que ella le quita importancia. Le pido que lo vigile porque fue un golpe fuerte. Acordamos una nueva entrevista.

Espero poder transmitir la intensidad de la angustia que sentí unida a fantasías de daño y riesgo de muerte, asociados a sentimientos de culpa.

Necesité, casi de inmediato, hablar con colegas para aliviar y procesar ansiedades y pensamientos.

¿Cómo entender este acto, que nos involucra a los dos y surge en el marco de una rápida instalación de la transferencia-contratransferencia? ¿Podemos pensarlo, siguiendo los planteos de Roussillon (2006), como portador de un mensaje significante que busca hacerse comprender?

El golpe-acto estuvo precedido de un dibujo (expresión simbólica) con una hamaca vacía y padres ancianos con escasa discriminación entre ellos que me guían a una intervención que, junto con el placer que despertó, ¿lo desborda y actualiza intensas angustias de daño y muerte? ¿De qué modo incidía en este primer encuentro con Miguel mi ansiedad-urgencia de poder ayudarlo ante un trastorno que amenazaba su vida? A su vez, ¿cuánto de la seducción mutua me hizo ignorar su fragilidad? Pienso también en la hostilidad de los padres en nuestra entrevista y en los efectos del reclamo del padre «esperando que la señora profesional actuara».

Creo que mi señalamiento-interpretación sobre la imposibilidad de estos padres de hamacar sosteniendo a su hijo surge también de los afectos y representaciones de odio y culpa despertadas en la entrevista con los padres y actuadas en mi intervención. Me pregunto si a través de ese señalamiento no fui parte de ese juego de espejos que hamacan fuerte, casi lanzándolo al aire, sin haberle dado el suficiente tiempo para crear la confianza en las posibilidades de contención a Miguel.

No pasaría mucho tiempo para saber que Miguel estaba y ha estado expuesto a reiteradas situaciones de peligro. Tomaba noticia de ellas de modo tangencial en las entrevistas con los padres o viendo marcas de heridas en su cuerpo. Esa percepción era la que guiaba el camino para señalar, con los padres y con Miguel, los riesgos y el descuido, que se desmentían con la misma facilidad con que sucedían.

¿Es posible pensar en la fuerza de esta puesta en acto inicial como marca que enlazó-nos-enlazo y marcó el proceso analítico en sus múltiples cruces de potencialidades, de riesgo y angustia, de deseo y demanda, de tiempo y cuidado?

TIEMPO DE ANÁLISIS

... es imposible desentrañar el significado de un juego a menos que se lo juegue y disfrute. Por principio, el analista siempre permite que se establezca el goce del juego antes de emplear su contenido para la interpretación (Winnicott, 1971).

Trabajamos comprometida e intensamente con Miguel y sus padres durante más de tres años. Jugamos al fútbol, a las guerras con soldados y fuertes, a las luchas de almohadones, al monopolio y más fútbol. Muchas veces escuchando la música que él traía y que nombraba odio, angustias y deseos. En especial, escuchamos al Cuarteto de Nos (grupo de rock uruguayo). La primera canción que trajo fue del disco *Raro*, «Invierno del 92»,⁵ y su letra decía de él, de su historia y de la transferencia.

La acidez y el movimiento en su boca de esos trozos duros en la sesión convocaban afectos y preguntas. Sabía que era oportunidad y desafío para ser trabajado, digerido entre los dos, para abrir caminos a enlaces representacionales. Esos trozos duros, objetos no simbolizados, que podríamos adscribir a los elementos beta conceptualizados por

5 Un invierno en que dolía de frío
Mi cuerpo ya no era mío
Iba en el ómnibus resfriado
Mirando por el vidrio empañado
Era linda aunque con mal aliento
Pero le cedí la mitad de mi asiento
Lo lamento, me dijo con acento
Al lado de un degenerado no me siento
¡Ah! Rubia te hizo mal la lluvia
O tenés la mente turbia
... ..
No te acompañe en sentimiento
Vas a morir de un ataque de pensamiento
Y le grité en la cara congelada
«¡Otra rubia tarada!»

Alguien que me dé calor
Les pido por favor
Maldito invierno del 92

Me noté un ganglio inflamado
Y un auto no frenó porque estaba mojado
Atropelló a un niño sin piedad
Iba en la niebla con mi dilema
En el pulmón me salió un edema
Y con mi aspecto de calavera
Fui a que me viera una enfermera
Va a ser una larga espera
Hasta que llegue la primavera
Aunque de frío voy tiritando
Yo me sigo calentando

Bion⁶ (1962), no podían continuar su trayecto sin la ayuda de otro-analista. Pero para eso debía —trabajo en y de la contratransferencia— digerir, metabolizar mis angustias ante la urgencia e impotencia al verlo rumiar esa acidez mortífera.

Supe desde el inicio, a los golpes, que debía ser cautelosa para señalar, interpretar, y que teníamos que construir algo así como un continente para metabolizar-simbolizar entre los dos, antes del decir en palabras su sufrimiento. Sabía que en esa construcción entre dos el encuadre psicoanalítico era garante de nuestro trabajo.⁷

Una y otra vez la contratransferencia en juego, como brújula y como riesgo, como motor que habilita y exige trabajo de elaboración psíquica. Luisa de Uturbey escribe: «*El analista debe trabajar su contratransferencia*. Este trabajo contratransferencial del analista es a veces puntual; es descrita una respuesta contratransferencial inconsciente parcial, que representa el aspecto susceptible de autoanálisis en esa ocasión, es decir capaz de adquirir representaciones de palabra; esto no sucede continuamente: la contratransferencia no es ininterrumpidamente analizable. Lo es en ciertos momentos privilegiados, circunstancia que nos lleva a preguntarnos sobre su naturaleza continua o lacunar. No creo que la contratransferencia —ni tampoco el inconsciente— sea lacunar pero pienso que se toma conciencia de ella en instantes de particular intensidad transferocontratransferencial en los que se está cerca de la resolución de algún “nudo” en el sentido de Freud (1895) que, si es deshecho, permitirá al analista cobrar insight de la contratransferencia, de la transferencia, de la situación analítica y así interpretar adecuadamente» (1994: 722).

6 «Si la función alfa es perturbada, y por lo tanto resulta inoperante, las impresiones sensoriales que el paciente capta y las emociones que a la vez está experimentando permanecen inmodificadas. Los elementos beta no son propensos a ser usados en los pensamientos oníricos, pero sí apropiados para ser usados en la identificación proyectiva. Influyen en la producción del *acting out*» (Bion, 1962: 31).

7 «El encuadre instituye el espacio analítico (Viderman), que es un tercer espacio que hace posible el encuentro y la separación (la discriminación) entre el espacio psíquico del paciente y el del analista: evita la colusión, la fusión regresiva, la captura del espejismo de la dualidad. Contención y distancia, el encuadre delimita el espacio intermedio que hace posible la comunicación analítica» (Urribarrí, 2007: 95-96).

En medio de la intensidad de nuestros juegos, realizaba preguntas tímidas, que esbozaban lazos de palabras con afectos, con sucesos que Miguel parecía no querer escuchar. Él solamente quería que jugáramos, sin hablar: «Callate, no digas cosas... seguí jugando». Tomando los planteos del trabajo realizado por el Laboratorio de Niños de la APU, creo también que era su manera de decirme-pedirme un modo de acercamiento a su conflictiva desde la escena del juego, «en el funcionamiento de la transicionalidad de la escena lúdica» (2001: 4).

En un apasionado partido de fútbol, tiró un pelotazo que rebotó en mi cuerpo y lo sentí como una piedra que me golpeó fuerte; entonces le dije que ese rebote me había hecho pensar en lo que a él le pasaba, que a veces la comida que volvía y no podía digerir era como piedras, algo duro y fuerte, una rabia fuerte que lo lastima. Si bien en ese momento protestó por mi intervención, en una sesión posterior Miguel tomó esta idea y al jugar a la guerra de almohadones dijo: «Tomá, comete esta piedra y callate la boca». Podíamos comenzar a poner en palabras el odio escindido y silenciado por el terror del daño que podía causar y el intenso sentimiento de culpa que le despertaba, abriendo nuevas vías de enlace simbólico.

La trama afectiva que hicimos a golpes y palabras, a juego y letra, a demanda y compromiso posibilitó nuevos modos de escritura en su psiquismo. El desborde escindido en el cuerpo fue cediendo y luego de más de tres años de trabajo era ocasional que regurgitara, y cuando sucedía podíamos asociarlo a situaciones de angustia y excesiva frustración.

«STELLA, ¿CÓMO SE HACE UN CORAZÓN CON UNA PIEDRA?»

Como señalé antes, el niño necesita de los objetos para articulaciones simbólicas, para representaciones psíquicas, producidas como efectos que en esos a posteriori realizan e inscriben sentidos (Casas de Pereda, 1999: 55).

Casi al tercer año de análisis, Miguel y yo estamos sentados en el diván del consultorio de adultos. Era habitual que fuera al consultorio «de los grandes» a dejar su abrigo y en cada una de esas incursiones miraba, preguntaba y tomaba algunos de los adornos que tengo en una repisa.

En esa ruta comenzamos a nombrar las diferencias sexuales y generacionales, los límites (lo que podía tocar y no), lo que tenemos las mujeres y lo que tienen los varones. En una sesión descubre un recipiente que contiene muchas y pequeñas piedras diferentes. Exclamó: «¡Te gustan las piedras!». Y enseguida: «Las quiero ver». Las vemos juntos, las separa y observa atentamente mientras hace comentarios: «¡Cuántas hay! ¡Son todas diferentes!». Me pregunta cómo se llaman, de dónde salen y cuenta que en la escuela hablaron de todo lo que guarda la naturaleza y que con las piedras también se hacen casas. Hablamos de que las piedras también sirven para construir. A lo que me dice, con mucha sabiduría: «Sí, pero se necesita el hombre».

Un día llega a la sesión y va directamente al consultorio de adultos y se sienta en el diván. Le digo que parece que la cosa viene de grandes hoy. Me siento al lado de él y me pide para mirar las piedras. Le digo que quiere poder ver las piedras desde otro lugar y saber más de ellas, quiere conocer más.

Mientras le hablo, lo noto inquieto y escucho un ruido a papel que proviene de su mano moviéndose en el bolsillo de su pantalón. Después de un silencio me dice: «Te traje algo».

Saca de su bolsillo algo envuelto en papel de regalo que me entrega rápidamente. Al abrirlo me encuentro con un hermoso corazón rosado hecho en una piedra.

Hoy, como en aquel momento, me resulta difícil encontrar las palabras para describir la emoción que sentí. No sabía qué decirle. Le agradecí mucho, le dije que era un corazón muy bonito.

Dice: «Es de “Hecho Acá”» (muestra de artesanos uruguayos).

Le digo: «¡Cuántas cosas hemos hecho acá, ¿no?!».

«Stella, ¿vos sabés cómo se hace un corazón con una piedra?»

«A mí me parece que vos ya sabés cómo se hace.»

«Dale, vamos a jugar.»

ALGUNAS IDEAS FINALES. OTRAS MIRADAS

Se trata de trabajar en base a una «segunda escucha» del material, que es la misma escucha analítica, pero ahora libre de urgencias que la misma tiene en la situación de análisis y atenta en cambio a una reflexión metodológi-

camente crítica, que ponga entre paréntesis los significados que el material pudo haber evocado inicialmente (Nieto & Bernardi, 1984).

La pregunta de Miguel sobre cómo se hace un corazón con una piedra contiene en palabra y acto la riqueza de los diferentes recorridos que fuimos construyendo en el trabajo analítico. Como él dijo, «la naturaleza tiene guardadas muchas cosas». Entre ellas, piedras ácidas que no podían ser alimento, representaciones disponibles que en un trayecto mortífero iban, venían y se detenían en un masticar lo duro-traumático del (des)encuentro con el otro; pero también estaban las piedras que construyen, como dice Miguel, «con la ayuda del hombre».

En el camino de búsqueda y encuentro con la «ayuda del hombre», tuvo un lugar fundamental el trabajo con los padres de Miguel. Momentos privilegiados de intensa movilización y apertura hacia otras miradas. Y en este recorrido hubo un momento muy especial al compartir la escritura de este trabajo con ellos.

Así como me es muy difícil transmitir lo sentido en el encuentro con el regalo de Miguel, también me cuesta intentar nombrar algo del encuentro con la emoción de ellos y mía, en esa «otra escucha», distinta, con este tiempo de análisis ya finalizado. Sin esa instancia compartida no habría podido pensar en publicar este trabajo, no solo por lo que implica la explícita autorización para hacerlo, sino porque es fuente y producto de trabajo analítico, de resignificación y apertura a otras miradas de ese trabajo, de lo que pudimos y lo que no, de límites y reconocimiento mutuo, y de preguntas que retornan.

La contratransferencia ha sido, en la dinámica viva del campo analítico (Baranger, 1961), piedra-escollo, piedra-corazón. Como escollo, capaz de golpear, al modo de actuación reactiva a múltiples cruces transferenciales en el encuentro con los padres, con Miguel y con mi realidad psíquica. Y como corazón que, con el encuadre psicoanalítico como garante, es fuerza libidinal para habilitar la creación de nuevos enlaces simbólicos para Miguel y para mí, como analista. ♦

RESUMEN

Se trata del trabajo analítico con Miguel, un niño de seis años, derivado por su médica pediatra y su médica gastroenteróloga por presentar, desde los dos años, un trastorno psicossomático de la alimentación denominado rumiación o mericismo (regurgitación del alimento desde el estómago hasta la boca para volverlo a masticar y tragarlo otra vez), sin causa fisiológica y que comenzaba a plantear riesgos de desarrollar cáncer de esófago así como detención del crecimiento.

Su fragilidad narcisista, su potencial de simbolización parcialmente escindido y la necesidad de un continente afectivo reasegurador y metabolizador que le permitiera trabajar en transferencia las «piedras ácidas» intragables y hacer de ellas corazón, afecto, alimento, representaciones fue el desafío de nuestro trabajo.

Me interesa trabajar sobre el lugar privilegiado de la transferencia-contratransferencia, el valor analítico de un acto en la primera entrevista, en sus múltiples sentidos, como efecto de la intensa movilización en la analista de transferencias con los padres, como modo de hacer sentir y transmitir a la analista el riesgo vital en el que se encontraba, la intensidad de angustias de muerte y el cuidado con el que tendríamos que trabajar juntos.

También es necesario subrayar el lugar fundamental que tuvo el trabajo analítico con los padres en entrevistas frecuentes que posibilitó la apertura hacia otras miradas del dolor de Miguel y sus potencialidades simbólicas. Agradezco y valoro profundamente la receptividad y el reconocimiento de ellos en la autorización para la publicación de este trabajo, y comparto su emoción y sus palabras que nombran el valor analítico de compartir también lo escrito sobre el proceso analítico con Miguel.

Descriptor: SÍNTOMAS PSICOSOMÁTICOS EN LA INFANCIA / MERICISMO / PULSIÓN DE VIDA / PULSIÓN DE MUERTE / TRANSFERENCIA / CONTRATRANSFERENCIA / MATERIAL CLÍNICO /

ABSTRACT

This paper is about the analytical work done with Miguel, a six-year old boy referred by his pediatrician and gastroenterologist for suffering, since he was two, from a psychosomatic eating disorder called rumination or merycism (regurgitation of food from the stomach back up to the mouth to rechew it and swallow it again), with no physiological cause and beginning to pose a risk of developing esophageal cancer, as well as growth arrest.

His narcissistic fragility, his partially cleaved symbolization potential and the need for a reassuring and metabolizing affective containment enabling him to work, in transference, the unswallowable «acid stones» and turn them into heart, affection, food, representations, was the challenge of our work.

I am interested in working, from the privileged position of the transference-countertransference, on the analytical value of an act in the first interview, on its multiple meanings, as a result of the intense mobilization in the analyst of transferences with the parents, as a way of making the analyst feel and understand the vital risk he was at, the intensity of death throes and the care with which we would have to work together.

It is also necessary to underline the key role of the analytical work with the parents, in frequent interviews, which enabled opening to other views of Miguel's pain and its symbolic potentialities. I profoundly appreciate and value their receptiveness and acknowledgement as to the authorization to publish this work, and I share their emotions and their words which express the analytical value of also sharing the written material about the analytical process with Miguel.

Keywords: PSYCHOSOMATIC SYMPTOMS IN INFANCY / MERICISM / LIFE INSTINCT / DEATH
INSTINCT / TRANSFERENCE / COUNTERTRANSFERENCE / CLINICAL MATERIAL /

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- APU. (2001). Laboratorio de Niños «(Que)haceres, decires y contratransferencia: trabajando con niños».
- Baranger, M. y W. (1961). Problemas del campo analítico. La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, t. IV, n.º 1. Montevideo, 1961-1962.
- Bion, W. R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires: Paidós, 1980.
- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización. Producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- Cassorla, R. M. S. (1999). «Enactment» (puesta en escena) agudo como «recurso» para el develamiento de una colusión de la dupla analítica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n.º 92, Montevideo.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- De León de Bernardi, B. (1996). Problemas del campo de la transferencia-contratransferencia: perspectiva actual y vigencia de nuestras raíces. Relato oficial, *XXI Congreso de Fepal*, marzo 1996. Inédito.
- De Uturbey, Luisa (1994). Sobre el trabajo de contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, t. LI, n.º 4, Buenos Aires.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. O. C. t. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1978.
- (1912). *Sobre la dinámica de la transferencia*. O. C. t. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- (1914). *Recordar, repetir y reelaborar*. O. C. t. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- (1920). *Más allá del principio del placer*. O. C. t. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1940[1938]). *Esquema del psicoanálisis*. O. C. t. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- García, J. (2002). Escrituras y lecturas del cuerpo. El cuerpo en psicoanálisis. *Diálogos con la biología y la cultura*, t. I. 2.º Congreso de Psicoanálisis, APU, Montevideo.
- Klein, M. (1934). *Contribución a la psicogénesis de los estados maniaco-depresivos*. O. C. vol. 2, Buenos Aires: Paidós-Horme, 1983.
- Kreisler, L.; Fain, M. & Soulé, M. (1974). *El niño y su cuerpo. Estudios sobre la clínica psicósomática de la infancia*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- Nieto, M. & Bernardi, R. (1984). La investigación en psicoanálisis. Suplemento de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. Publicación interna, Montevideo, junio de 1984.
- Roussillon, R. (2006). Coloquio de Lyon. *Cuerpo y actos mensajeros*. Inédito.
- Urribarri, F. (2007). Las prácticas actuales y el paradigma contemporáneo. Las tres concepciones de la contratransferencia y el trabajo psíquico del analista. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, n.º 106, Montevideo junio de 2008.
- Winnicott, D. W. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa, 1997.